

ABDÓN UBIDIA,
Callada como la muerte,
 Quito, El Conejo,
 2012, 109 pp.

Un torturador que, terminada la dictadura militar de Argentina, se refugia con una identidad falsa en Quito. Una pareja con familia que ha sido torturada por aquel y que pudo escapar del tormento hacia Ecuador. Un médico, quiteño diletante con veleidades intelectuales, que se ve envuelto en una aventura que rompe la apacibilidad de su vida burguesa. Estos son los personajes de una historia intensa, atravesada por la crueldad humana y la justicia poética, que nos es contada con maestría narrativa en *Callada como la Muerte*, la más reciente novela corta de Abdón Ubidia, Premio Espejo de Literatura 2012.

Ubidia ha tejido una trama que, por un lado, es profunda en desmenuzar el alma de sus personajes: las más abyectas culpas y las más nobles intenciones se entremezclan en cada uno de ellos para ejecutar acciones impregnadas del mal. El mundo se presenta como un espacio en donde la sobrevivencia es consecuencia de una lucha cruenta y sin moral. Más allá de las causas políticas o personales que cada personaje defiende, la narración nos conduce por sucesos que testimonian la espiral de la violencia de una lucha política sin concesiones.

La intensidad está acentuada por una narración manejada con sabiduría. Los personajes hablan sin ser juzgados por el autor: son las propias palabras de aquellos las que provocan en los lectores la simpatía o la animadversión hacia estos. Los hechos, contados con

lenguaje sustantivo, apretado, están desnudos con toda su ferocidad auestas. Y esa manera de acumularse la violencia es lo que hace de la novelina un relato fascinante y agobiante.

La Muerte, entonces, es ese personaje escondido cuyo espectro atraviesa la historia. La Muerte, precisa, silenciosa, acude al llamado de los seres humanos que solo encuentran saciado su rencor con el exterminio del enemigo. La Muerte que se presenta necesaria para consumir el sentido poético de la justicia: no la de los tribunales, como dice un personaje, sino la de la Vida.

Y es que no se trata de una violencia en abstracto. Se trata de la violencia de los opresores en contra de los oprimidos y de la resistencia de estos contra la persecución y la tortura. En la novela, este sentido de la violencia de los opresores que se desató en un país y que se cierne en otro, está trabajado de tal manera que se vuelve posible la complicidad de los lectores con la venganza de la viuda del militante asesinado por el torturador. Al mismo tiempo, los escrúpulos de la viuda al momento de acudir, "callada como la muerte", a la ejecución de la venganza son los escrúpulos de los oprimidos al momento de ser parte de un acto violento, mortal. Pero existe la justicia poética. Y a ella acude el autor al momento de narrar el desenlace por el que opta.

Estamos ante una novela atravesada por lo político en la que el autor, con mano maestra, toma partido por los oprimidos sin estridencias panfletarias. Y, en medio de esa violencia, aparece la mano experimentada del escritor que construye un relato cargado de mediaciones y sentido de lo humano. El personaje del torturador está mediatizado

por la piedad del autor con sus criaturas pero también con la precisión política de quien sabe que está trabajando con una materia cargada de violencia. El personaje de la joven viuda está construido desde la solidaridad y no por ello se la exime de la sevicia con la que ejecuta su venganza.

Callada como la Muerte, de Abdón Ubidia, es una novela corta que deslumbra por la intensidad de lo narrado, que estremece por la humanidad de sus personajes en medio de la violencia y la crueldad de sus historias, y que confronta a los lectores con el sentido profundo de la justicia.

RAÚL VALLEJO,
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
SEDE ECUADOR

SANDRA DE LA TORRE GUARDERAS,
El hueco en el zapato,
Quito, El Ángel Editor,
2012, 84 pp.

CIFRANDO CLAVES

El hueco en el zapato de Sandra de la Torre Guarderas (Quito, 1971) es una conjunción y dispersión de sentidos y contrasentidos; es la escritura que se disloca ante la tentación de lo que pueda erigirse como realidad; es la escritura subcutánea del cuerpo y de los cuerpos que solo se salvan en el estallido de las palabras y en la agonía —esa resurrección divina, total y amputada— que permite el verso.

Por lo que el título sugiere —lo del “hueco”— este es un texto que apuesta, se suma y se consume en las visiones de la poesía moderna y su deconstrucción expresada en los tiempos y el siglo que nos inunda. Es la poética de un vacío que da cuenta, a su vez, que ese vacío solo es la continuidad de unas existencias en las que toda búsqueda o argumento por legitimarse en lo terrenal, pasa por enfrentar los círculos (incluidos los que tatuó Dante) en los que toda máscara es la revelación de una verdad oculta, solo descifrable en la travesía mortal del poema.

Pero, ¿de qué se nutre esta escritura de la autora quiteña?

De aquellos elementos que forman parte del universo simbólico que el sujeto lírico construye usurpando a la memoria, a la historia y a su tiempo lo que en términos denotativos se agita en las aguas de la “voracidad” cotidiana: